

## *Capítulo 4*

### *Guardando el pacto de Dios en el hogar*

*Prof. Herman Hanko*

#### ***Texto bíblico: Salmos 127***

No es tan fácil dar un discurso sobre las implicaciones del pacto para el hogar. Supongo que algunos de ustedes dirían: “¿Cómo puede ser eso? Al fin y al cabo, has tenido ocho hijos propios. Tienes mucha experiencia”. Pero parte de mi experiencia es esta: que quienes no tienen hijos propios son los expertos en criar a los hijos y formar un hogar, mientras que quienes han luchado durante los años en que los hijos vivían en casa son conscientes de lo difícil que es la tarea.

Doy gracias por tener la Palabra de Dios. La Palabra es una norma objetiva que nos llega con autoridad, a la que debemos ajustar nuestro llamado al pacto en el hogar. Y la obediencia a la Palabra será bendecida.

La Palabra de Dios está repleta de información sobre lo que constituye un hogar de pacto, es decir, cómo deben aplicarse los principios del pacto a la vida en el hogar. Solo puedo llamar su atención sobre algunas de esas cosas. He decidido llamar su atención sobre las más importantes.

Soy consciente, por supuesto, de que no todos ustedes tienen hijos en casa. Quizás tengan un hogar en el que los hijos ya son adultos y están casados, y la responsabilidad de criar a los hijos ya no les corresponde. Me gustaría liberarles de la idea de que ya no tienen ninguna responsabilidad. En su día, yo esperaba que, cuando mis hijos finalmente se marcharan de casa, la responsabilidad que los padres y las madres tienen hacia sus hijos desapareciera por fin. No es así. Las responsabilidades, en cierto sentido, aumentan, porque los padres del pacto no pueden escapar del sentido de la responsabilidad hacia sus hijos, hacia sus nietos y, si viven lo suficiente, incluso hacia sus bisnietos. Las responsabilidades parecen hacerse más pesadas en lugar de aligerarse.

Eso significa, y este es el punto que quiero destacar, que, si sus hijos ya son adultos y tienen sus propios hogares, sus responsabilidades hacia ellos y hacia sus nietos no han cesado. Deben, en la medida de lo posible y teniendo en cuenta también las circunstancias, seguir asumiendo la responsabilidad de ayudar a sus hijos y nietos a establecer hogares basados en el pacto.

Algunos de ustedes aún no se han casado. Esta charla puede resultarles útil. Si su deseo es casarse y establecer un hogar basado en el pacto, deben reflexionar seriamente antes de casarse sobre lo que la Biblia nos dice acerca de un hogar basado en el pacto.

Dios estableció el hogar como una institución de la creación. Lo hizo cuando trajo a Eva a Adán e instituyó el matrimonio. Esta institución del matrimonio incluía el mandato de Dios: “Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra” (Génesis 1:28). Esa fue la palabra del mandato de Dios que estableció el hogar.

Observen que el hogar es la única institución de la sociedad que Dios estableció en relación con la creación. Él estableció únicamente al hogar porque las demás instituciones de la sociedad, que ahora nos resultan tan familiares, surgieron orgánicamente del hogar. No importa de qué institución se hable: ya sea de la institución del gobierno, la institución del taller (es decir, el lugar de trabajo), la institución de la escuela o incluso de la iglesia (aunque la iglesia, por supuesto, surgió y fue establecida por Dios solo después de la Caída). Orgánicamente, en la historia de la humanidad, todas estas otras instituciones surgieron del hogar y tienen sus raíces en él. Obtienen su vida del hogar. Obtienen su carácter espiritual y moral del carácter espiritual y moral del hogar. Esto significa, por supuesto, que el caos que se da en *todas* las instituciones de la sociedad actual se remonta al caos que existe en el hogar.

Me divierte que en nuestro propio país (aunque también es indescriptiblemente triste), el gobierno, casi todos los años, independientemente de quién ocupe la Casa Blanca, cree “comités de expertos” para debatir y encontrar razones por las que las escuelas no funcionan como deberían. Muchos de los niños no están recibiendo una educación adecuada, por lo que incluso los graduados universitarios son analfabetos. Estos comités están compuestos por hombres influyentes de la sociedad, profesores de universidades prestigiosas y educadores profesionales. Se gastan millones de dólares en tales estudios. Año tras año se repite esto. Todos ellos exponen razones eruditas por las que las escuelas son un fracaso, y formas en que las escuelas pueden mejorarse. Por lo general, todo se reduce a esto: el gobierno debe gastar más dinero en las escuelas. El dinero resolverá los problemas. El cristiano sabe que no es así. Pero los expertos no consultan a los cristianos, por supuesto.

El problema de las escuelas radica, sencillamente, en el hogar. El hogar es un caos. Es una ruina moral. El divorcio y el nuevo matrimonio prevalecen en el país. La homosexualidad va en aumento y cuenta con la aprobación del Gobierno. Se está convirtiendo casi en un lugar común que los niños de la mayoría de los hogares sean lo que eufemísticamente se denomina “niños de llave”, porque llevan su propia llave de casa. Tanto la madre como el padre están fuera trabajando. Los niños tienen que arreglárselas solos. Las familias monoparentales contribuyen enormemente a la decadencia moral en el hogar.

Dado que todas las instituciones de la sociedad tienen sus raíces en el hogar, no hay soluciones para los males morales de la sociedad sin restablecer el hogar tal y como lo define la Escritura — algo que nunca sucederá en la historia de nuestro mundo. Debemos estar preparados para ello. No sucederá, se lo garantizo. Es imposible en Estados Unidos y en las Islas Británicas detener esta tendencia. Cuando incluso las iglesias evangélicas y conservadoras aprueban el divorcio y el nuevo matrimonio, ¿cómo se va a detener esta tendencia y volver a hogares sólidos basados en los fundamentos de las Escrituras? No sucederá.

Eso significa, sin embargo, que el cristiano *debe* esforzarse con todas sus fuerzas para construir y establecer un hogar cristiano libre de las influencias y la corrupción de la sociedad. Esto debe hacerse no solo para que el hogar cristiano sea un testimonio, una luz resplandeciente en un mundo oscuro y pecaminoso; es también por el bien de la iglesia y la causa de nuestro Señor Jesucristo.

Lo que es cierto para la sociedad en general lo es también para la iglesia. Cuando el hogar se deteriora y se convierte en un caos moral, la iglesia perderá su fuerza. Hacemos bien, por tanto, en hablar de lo que constituye un hogar basado en el pacto.

En primer lugar, es necesario señalar que un hogar cristiano es también una imagen del pacto de Dios; y, por lo tanto, es apropiado hablar del cumplimiento del pacto en el hogar. No solo la institución del matrimonio fue creada e instituida por Dios como una imagen de Su pacto, sino que el hogar, la familia, también fue instituido por Dios como una imagen de Su pacto.

La familia es una imagen del pacto de Dios, en primer lugar, porque en el corazón de la familia hay un marido y una mujer —un marido y una mujer creyentes— que no solo son marido y mujer, sino también hermanos en Cristo. Recuerdo bien el momento en que, hace unos cincuenta años, mi esposa y yo nos casamos en la Primera Iglesia de Grand Rapids, Michigan. La recepción que siguió a la ceremonia nupcial concluyó con una oración a cargo de un profesor con quien estudiaba en aquel entonces: el reverendo George Ophoff. En el transcurso de su oración —lo recuerdo vívidamente— dijo algo sobre pedirle al Señor que bendijera a mi esposa y a mí, que no solo éramos marido y mujer, sino también hermano y hermana en Cristo. Esa fue la primera vez que se me había ocurrido ese pensamiento. Y me impactó con tanta fuerza que no escuché ni una sola palabra más de la oración del reverendo Ophoff. Ni siquiera estoy seguro de haber oído el “Amén”. ¡Hermano y hermana! Esa es la relación espiritual de un matrimonio de pacto. De hecho, es esa relación de hermano y hermana la que perdura para siempre, cuando el matrimonio se desvanece y cuando la iglesia es llevada a la gloria. En el cielo no hay maridos ni mujeres, solo hermanos y hermanas.

El hecho es que la familia, la familia del pacto, es también, como familia, una imagen del pacto de Dios. El pacto de gracia de Dios es una revelación de Su propia vida de pacto que Él vive en Sí mismo. La doctrina de la Trinidad no es una teología fría y abstracta. Es una verdad gloriosa. Dios, que es tres en persona —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, pero uno en esencia, vive en Sí mismo la vida de pacto perfecta de una *familia*. Y cuando Él revela esa vida de pacto que vive en sí mismo, no se limita simplemente a darnos información sobre la vida de pacto que vive como el único Dios verdadero y vivo, sino que lleva a su pueblo a esa vida. Los adopta como sus hijos. Así pues, una familia de pacto es una revelación de, una imagen de, la vida de pacto que Dios vive en sí mismo y la vida de pacto tal y como la conoceremos perfectamente en el cielo cuando todas las instituciones de este mundo hayan pasado.

Así pues, cuando se habla de las implicaciones del pacto para el hogar, hay que entender que un hogar de pacto es un hogar modelado a imagen de la relación de Dios con su pueblo.

En esa familia de Dios, Dios —el Dios trino— es el Padre de su pueblo. Él los engendra a una nueva vida, un segundo nacimiento por regeneración. Los adopta, firmando y completando los documentos de adopción con la tinta de la sangre de la cruz de Cristo. Los convierte en sus hijos para que, por su Espíritu en sus corazones (como lo expresa Pablo en Gálatas 4:6), puedan decir: “Abba, Padre”.

“Padre”. Me pregunto si te das cuenta de lo que eso significa. Te costará mucho encontrar algún pasaje en el Antiguo Testamento en el que los santos llamaran a Dios “Padre”. En el Antiguo

Testamento era prácticamente imposible hacerlo, porque el Espíritu aún no había sido derramado. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo”, dice Pablo, “Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley”. Cristo les da su Espíritu, por lo cual pueden decir: “¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:4-6). Debió de haber algo totalmente sorprendente para los discípulos cuando, siguiendo las instrucciones del Señor en la oración, se les enseñó a decir: “*Padre nuestro*”. Debió de ser como un trueno. Nunca habían oído nada semejante. “Cuando oréis, decid: *Padre nuestro*”.

Esa es la familia de Dios. Ahora bien, en esa familia de Dios, Jesucristo es el Primogénito, el Hermano mayor. No quiero dedicar tiempo a explorar con ustedes ese rico concepto del primogénito tal y como era típico en el antiguo pacto. Permítanme simplemente señalarles que el primogénito en las familias de los hebreos tenía dominio sobre sus hermanos, recibía una doble porción de la primogenitura y era el heredero de la bendición del pacto. Cristo es el Primogénito en la familia de Dios. Él es el Primogénito porque es el Hijo eterno de Dios encarnado. Y, por lo tanto, es responsable de todos sus hermanos y tiene dominio sobre ellos.

Gobierna con su poder soberano y su gracia sobre la familia de Dios. Toda la familia de Dios pertenece a esa familia únicamente porque Cristo, como primogénito, allanó el camino, por así decirlo, al revelar el designio de Dios en el decreto eterno de la elección, para que todos sus hermanos pudieran seguirle.

Pero hay más que eso. La familia es también una familia de pacto porque debe haber, en la familia, si es una familia de pacto, una comunión de vida, de amor, y de alegría y paz. ¡Comunión!

Ahora me voy a adelantar un poco aquí. Una de las expresiones más elevadas de comunión en la vida de una familia es la hora de la comida. Ese es el momento en que la familia está junta, puede orar junta y puede hablar junta. Pero, sobre todo, hay algo en el hecho de comer y beber juntos que constituye en sí mismo comunión. Cuando era pastor de una congregación en la parte occidental de Estados Unidos, a menudo tenía que asistir a lo que en nuestras iglesias se denomina “citas clásicas”, a veces a miles de kilómetros de casa. Tenía que dejar a mi pobre esposa con cuatro niños traviesos mientras yo estaba fuera predicando en lugares remotos de Estados Unidos. Por supuesto, tenía que comer solo. Ese era el peor momento del día: cuando tenía que sentarme a la mesa y comer solo. Era apenas tolerable. La única forma en que podía soportarlo era sumergirme en un libro. Y, por supuesto, cuando uno se sumerge en un libro, pronto se olvida de la comida en el plato y esta se enfría y pierde el sabor (lo cual ya ocurría de por sí, porque yo no sabía cocinar). Así que, finalmente, uno de los miembros de la congregación dijo: “Creemos que se siente solo, así que le hemos traído un televisor”. ¿Un televisor? Le dije: “De verdad que no teníais por qué hacer esto. Tengo mejores comedias en casa”.

Comer y beber constituye en sí mismo comunión. Es precisamente por esa razón que las Escrituras (en Apocalipsis 19, al hablar de la gloria final del pacto) describen el pacto en términos de un banquete. Apocalipsis 19:9 llama a la bienaventuranza del cielo el banquete de las bodas del Cordero. Esto se debe al hecho de que, en la gloria, aunque de una manera profundamente maravillosa y espiritual, estaremos con Cristo para comer, beber y tener comunión —la comunión de la risa y la diversión— alrededor de la mesa celestial donde seremos alimentados para siempre con comida celestial. Eso también constituye parte de la figura del pacto en la vida familiar.

Dicho esto, hay algunas cosas que, para mí, son las ideas esenciales de las Escrituras en cuanto a lo que constituye un hogar de pacto. Tengo cinco o seis puntos que señalar. No voy a exponer estos puntos necesariamente por orden de importancia. Son puntos que, en mi opinión, constituyen la esencia y el corazón de un hogar de pacto.

En primer lugar, un hogar basado en el pacto es aquel en el que cada miembro de la familia tiene su propio lugar. Creo que hay que tener hijos para experimentarlo plenamente, o haber crecido en una familia numerosa. Cada hijo que Dios pone en el hogar es diferente. El marido y la mujer son dos personas diferentes. A veces, cuando me encuentro ante una pareja que va a casarse, me maravillo ante el milagro de Dios: que dos personas tan diferentes puedan vivir juntas en una relación de vida de lo más íntima. Pero cada hijo también tiene su propio lugar. Esto es tan cierto que, si, por ejemplo, en un hogar con hijos, Dios se llevara de ese hogar a un niño en su infancia o en su primera juventud, incluso nos decimos unos a otros: “Su lugar está vacío”. Nadie más puede ocupar ese lugar, aunque Dios bendiga a ese hogar con más hijos. Cada hijo adicional ocupa su propio lugar distintivo en la familia y nunca podrá ocupar el lugar del hijo que Dios se ha llevado.

Esto es cierto para el padre, para la madre y para cada hijo. Y así es en la familia de Dios. Cuando Dios, desde toda la eternidad, según el decreto de la elección, elige a su familia, cada miembro de la familia tiene su propio e importante lugar. Con tal precisión, con tan exquisita perfección, lleva Dios a cabo esto, de modo que la familia, cuando finalmente sea llevada a la gloria en el cielo, donde Cristo ha preparado para ella un hogar de muchas moradas, la familia es perfecta y está completa. No hay posibilidad de que haya nadie más en esa familia. Está ordenada por Dios, con cada uno en su propio lugar. Ningún lugar está vacío.

Ahora quiero hablar de eso durante unos momentos. El lugar del padre en el hogar es el lugar del profeta, el sacerdote y el rey. Esa es una posición de responsabilidad. Eso significa que él representa en el hogar al mismo Cristo, quien es el que ocupa el cargo en la familia de Dios. Como profeta, es responsable de llevar la Palabra a su familia. Como sacerdote, es responsable de ser el intercesor de su familia. Quizás a veces lo olvidamos. Pienso en Job. Antes de que le sobreviniera la desgracia bajo el control soberano de Dios y por medio de Satanás, se nos dice que Job era un hombre íntegro, perfecto en todos sus caminos, que temía a Dios y se apartaba del mal. Una de las cosas que hacía era orar por su familia. Sus hijos e hijas solían celebrar banquetes por su cuenta porque, al parecer, ya habían crecido. Cada día Job ofrecía sacrificios por su familia y decía: “Quizá habrán pecado y habrán maldecido a Dios”. Oraba por ellos. No solo oraba por ellos en general. Oraba como su intercesor, presentando sus pecados ante el trono de la gracia de Dios (Job 1:5). Por su oración, la familia era santificada. Esa es la responsabilidad de quien es sacerdote en un hogar del pacto.

Como rey, el padre gobierna. No gobierna como un tirano ni como un dictador. No gobierna con vara de hierro, con dureza ni crueldad. Pero representa el gobierno de Cristo en todo su amor y compasión, y sin embargo con autoridad soberana, en el hogar. Representa a Cristo porque es a través de él que Cristo gobierna la familia. No quiero restarle importancia a eso, ni minimizar su relevancia. No estoy del todo seguro de cómo enfatizarlo, salvo a través de la experiencia personal. Cuando teníamos hijos en casa, niños pequeños en los primeros años de nuestro matrimonio, había momentos en los que me levantaba por la mañana de una manera que solo podía describirse como gruñona y de mal humor. Y con frecuencia, en la mesa del desayuno, ese mal humor se manifestaba de inmediato. No pasaba mucho tiempo en la mesa del desayuno antes de que los niños empezaran a

pelearse entre ellos, a darse patadas bajo la mesa y a discutir por cada tostada que salía de la tostadora. Mientras reflexionaba sobre eso y sobre la razón de ello, me di cuenta de que, aunque mis hijos eran tan depravados como yo, gran parte de la culpa recaía sobre mí porque me sentaba a la mesa de mal humor; mi mal humor pronto se contagió al resto de la familia —a veces, por triste que sea decirlo, incluso a mi esposa—. Lo que quiero decir es esto: tan importante es esa idea de liderazgo, que el padre es, en última instancia, responsable ante Dios de determinar todo el ambiente (espiritual y moral) del hogar. Cómo se comporta, cómo vive con su esposa, cómo le muestra su amor, cómo trata a sus hijos, cuál es su estado de ánimo, cuál es su actitud: todo esto determina, en gran medida, la actitud que prevalece en el hogar. Dios quiere que sea así. Dios ha ordenado que el padre sea el cabeza de familia responsable.

La madre tiene su lugar en el hogar. Fíjate que digo que su lugar está en el hogar. Partamos de esa premisa. Una de las lacras de nuestros tiempos modernos es que las madres trabajen cuando deberían estar en casa. He oído todas las excusas: no podemos pagar la hipoteca de la casa, no podemos pagar la matrícula de la escuela cristiana, es tan escandalosamente caro educar a una familia numerosa en la escuela cristiana que la madre tiene que trabajar para pagar las facturas. Yo no creo eso. Yo fui a una escuela cristiana durante la Gran Depresión, cuando mi padre ganaba quinientos dólares al año, lo que al tipo de cambio actual equivale a trescientas libras al año. Él pagaba la matrícula de la escuela cristiana. Había que pagarla cada semana. No siempre comíamos lo que queríamos. No teníamos ropa nueva. Toda nuestra ropa nos la regalaban (aunque a nosotros, como niños, nunca nos importó). Pero *tenía* que pagar la matrícula de la escuela cristiana. Eso era todo lo que había que hacer. Ganara lo que ganara mi padre, de todo el dinero que recibía se destinaba en primer lugar el presupuesto para la iglesia y la matrícula de la escuela cristiana. El resto se usaba para comida y ropa.

Las madres en el hogar son tan importantes que, si lees el Antiguo Testamento, descubrirás, quizás para tu sorpresa, que, en esos momentos cruciales de la historia de Israel, cuando todo iba mal, la apostasía se estaba instalando y prevalecía la adoración a Baal o a algún otro dios o diosa pagana, las madres piadosas eran las que mantenían viva la llama de la esperanza de Israel. Las madres piadosas, cuando los padres eran apóstatas, eran la fuerza del hogar. Las madres piadosas mantenían el hogar. Piensa solo en Rebeca y en Ana, cuyo marido no tenía nada de espiritual, alguien que ni siquiera podía entender por qué ella deseaba tanto tener hijos debido a su anhelo por la esperanza de la promesa. ¿Has leído alguna vez el canto de Ana cuando nació Samuel y lo has comparado con el canto de María en el Evangelio de Lucas, capítulo 2? Son casi iguales. Ella quería un hijo porque en ella ardía intensamente la esperanza de Israel de que de ellos saldría el Cristo. Pienso en Josaba, la esposa de Joiada, que tomó al niño Joás y lo escondió durante siete años, hasta el momento en que pudo ser coronado rey y Atalía derrocada. Hay muchas mujeres así. El Antiguo Testamento está repleto de ellas.

Sorprendentemente, lo mismo ocurre en la nueva dispensación. No se pueden leer las biografías de los santos sin quedar impresionado por el hecho de que los hombres más piadosos de la historia de la iglesia de Jesucristo fueron hombres de los que la historia casi no dice nada sobre sus padres, pero habla en términos elogiosos de sus madres. Pensemos en Crisóstomo, el orador de lengua de oro cuya madre llevó una vida tan piadosa en la impía ciudad de Antioquía, en Siria, que incluso los paganos decían: “¡Qué madres tienen estos cristianos!”. Pensemos en Mónica, la madre de Agustín.

Pensemos en la madre de Tomás de Aquino. Aunque quizá no queramos considerarlo un santo, se convirtió en el poderoso teólogo que fue gracias a la influencia de una madre piadosa. Sin duda es cierto que la mano que mece la cuna gobierna el mundo.

El papel de la madre es importante porque el padre tiene que salir a ganarse el pan de cada día. El papel de la madre es importante porque, si el padre es un profeta, la madre es una profetisa. Si el padre es un sacerdote, la madre es una sacerdotisa. Si el padre es un rey, la madre es una reina. Ella tiene que cuidar de la familia. Con frecuencia, la carga de la educación de los hijos recae sobre ella. Ella tiene que satisfacer las necesidades de su marido. Tiene que apoyar a su marido y serle de ayuda en su propio lugar y vocación en el reino de Dios. Si él es un anciano, su esposa tiene que ser su apoyo y su ayuda. Si él es un ministro del evangelio, su esposa tiene que asegurarse de que, en su ajetreada vida y con las grandes exigencias que le imponen los hijos, pueda ayudarle en su vocación de servir al reino de los cielos.

¿Qué sería de un hogar del pacto sin una madre? No existiría. ¡No es de extrañar que las Escrituras alaben a la madre y esposa piadosa, que es más preciosa que las piedras preciosas (Prov. 31:10-31)! Un hogar del pacto es un hogar donde la madre ocupa un lugar importante en la vida de la familia.

El hermano mayor también ocupa un lugar especial, porque la familia del pacto es un reflejo de la familia de Dios. A veces me pregunto hasta qué punto somos conscientes de ello. Conocí a una familia en cuya casa solía alojarme con bastante frecuencia cuando predicaba en esa congregación, una familia con nueve hijos varones, sin ninguna niña. Nunca sabré cómo se las arregló aquella madre con nueve hijos varones. Pero tenían un agudo sentido de la importancia del primogénito de la familia. El padre, que tenía su propia silla en el salón, que era, por supuesto, la mejor silla, tenía la segunda mejor silla a su derecha, que era la silla del hijo mayor de la casa. Nadie más podía sentarse allí. Y si por casualidad alguien estaba sentado allí y el hermano mayor entraba en la habitación, el que ocupaba su silla se levantaba inmediatamente y la dejaba libre para que el hermano mayor pudiera sentarse en ella. Eso no era solo algo simbólico en aquella familia. El hermano mayor era responsable, ya que la madre estaba increíblemente ocupada, del buen comportamiento de sus hermanos en casa. Era responsable de velar por que hicieran sus tareas todos los días. Era responsable de asegurarse de que todos salieran a la escuela a tiempo y vestidos adecuadamente. Era responsable, con su conducta, de ser un ejemplo para sus hermanos en sus vidas. Incluso era responsable, cuando tuvo la edad suficiente para hacerlo, de amonestar a sus hermanos. Ahora bien, lo sé, no siempre lo hacía fielmente. Las familias tienen muchos pecados. Pero, sin embargo, la familia insistía en eso. Y esa posición de hermano mayor en la familia sigue siendo una posición de responsabilidad hasta que ese hermano mayor se va de casa, momento en el que esa responsabilidad recae en el siguiente en la línea de sucesión.

Es parte de la experiencia de mi vida que esa responsabilidad de un hermano mayor nunca cesa. Y cuando la familia tiene un padre o una madre muy ancianos, entonces las tornas casi se invierten. Aunque durante toda nuestra vida mi padre fue responsable de nosotros, y sigue siéndolo, de repente, en su vejez, el mayor se hace responsable de él: las decisiones que hay que tomar para su cuidado y para los años de su vejez.

Así ocurre con todos los hijos. De una forma u otra, en una familia de pacto, es al mayor a quien recae la responsabilidad final que hay que asumir por el bienestar de la familia, incluso cuando todos están casados. Si tienes la intención de establecer un hogar de pacto, debes enseñar a tu hijo mayor que eso forma parte de sus responsabilidades en el hogar.

Así pues, cada uno tiene su propio lugar. Un lugar importante, un lugar en una familia de pacto que es un reflejo de la familia de Dios.

En segundo lugar, un hogar de pacto es un hogar que tiene la Palabra de Dios en su centro. Ahora quiero hablar de la importancia de los momentos de devoción en familia. Los momentos de devoción en familia están pasando por tiempos difíciles. En parte, la razón es que todos están tan frenéticamente ocupados que nadie tiene tiempo para la devoción. El padre se va a trabajar temprano. Los niños se levantan a duras penas una o dos horas más tarde, corren de un lado a otro para vestirse y reunir sus libros, los guardan en sus mochilas para poder salir corriendo hacia el colegio, quizá tomando una tostada al salir por la puerta. Y cuando llega la noche, la madre tiene que ir aquí y el padre tiene que ir allá; este hijo trabaja en este sitio y aquel hijo tiene que ir al entrenamiento de fútbol. En la ajetreada y a veces frenética vida de la familia no hay tiempo para tener devociones juntos. Lo mejor es que la familia tenga devociones al comienzo del día en la mesa del desayuno y al final del día en la mesa de la cena. Mi padre me cuenta que su propio padre, que era pintor y tenía que trabajar duro para ganarse la vida, se iba a trabajar a las seis de la mañana. Los niños ya estaban todos levantados a las cinco y media porque mi abuelo insistía en que toda la familia estuviera reunida en la mesa para las oraciones y el desayuno. Lo mismo ocurría por la noche. Si tenía que terminar un trabajo y eso le retenía en su taller hasta las siete u ocho de la tarde, nadie cenaba hasta que él llegara a casa y la familia pudiera reunirse para sus oraciones.

En cuanto a las oraciones en sí, hay familias que las hacen, pero son tan irregulares que casi no significan nada. El padre lee un pasaje de las Escrituras con una voz que invita a que los niños se duerman, y sus oraciones son murmuradas, si es que ora, de modo que apenas se pueden entender. Y en el momento en que oyen débilmente un “Amén”, todos salen corriendo en diferentes direcciones.

Les sugiero que, si quieren seguir el modelo bíblico de hacer de la Palabra de Dios y de la oración el centro de la vida familiar, se esfuercen en su hogar; que dediquen tiempo a sus devociones; que comiencen la comida con una oración, pidiendo la bendición de Dios; que terminen la comida con una oración, dando gracias al Señor por su bondad; y que la lectura de las Escrituras sea significativa.

Deberías tener un diccionario bíblico en la estantería junto a la mesa para poder buscar la palabra “Mizar” cuando te encuentres con ella en los Salmos. Dudo que haya aquí diez de ustedes que sepan lo que significa la palabra Mizar. Deberían tener un buen comentario, para que cuando se encuentren con un pasaje difícil en el que digan: “No estoy seguro de lo que significa esto”, puedan consultarlo. Les sugiero que, si quieren un buen comentario, no hay nada mejor que el de Calvino. Calvino, hasta el día de hoy, es el comentario que más utilizo. Es el mejor. No es necesario que leáis el comentario cada vez. Pero en esos momentos en los que el padre, la madre y los hijos estén desconcertados por el significado del texto, leed a Calvino. Casi siempre tiene razón. Tenía una visión de las Escrituras de la que podemos beneficiarnos toda nuestra vida. Es mucho mejor leer

tres versículos de la Biblia y saber lo que significan que leer el Salmo 119 cuando nadie está prestando atención.

Tómate tu tiempo para explicar el pasaje a tus hijos. Antes de leer, dedica un rato a hablarles sobre este pasaje. Y, por supuesto, no saltes de un lugar a otro en las Escrituras cuando leas la Biblia, sino empieza por Génesis 1 y lee la Biblia de principio a fin, incluidas las leyes. Si te tomas el tiempo de explicárselas y de explicarles el motivo por el que existen, descubrirás que tus hijos pueden incluso interesarse por las leyes; pero debes señalar el motivo de las leyes en la historia de Israel y su cumplimiento en nuestro Señor Jesucristo, algo que no es tan difícil de hacer si te tomas el tiempo de comprenderlas un poco. Involucre a los niños en el debate sobre el significado de los pasajes, y se sorprenderá de las preguntas que hacen y del conocimiento que adquieren al dedicar tiempo a dar importancia a la lectura de las Escrituras.

Y cuando ore, presente ante Dios las necesidades de la *familia*, no las tuyas propias. Para eso debe tener sus devociones privadas. Pero la familia tiene todo tipo de necesidades. Ora por tu esposa, que necesita la gracia de Dios en la difícil y ardua tarea que Él le ha encomendado. Ora por tus hijos. Ora por tu familia en los momentos de mayor aflicción y dificultad. Derrama tu alma ante el Señor en nombre de tu familia en estos tiempos difíciles. Y cuando las bendiciones del Señor lluevan sobre tu familia, da gracias y deja que la familia, junto a ti, grite de alegría en tus oraciones a Dios, que trata con tanta gracia a tu familia. Estás orando por la familia. Y debes orar de esa manera.

Como mi padre insistió en que recibiéramos una educación cristiana, me vi obligado a viajar dos mil millas desde casa durante mi penúltimo y último año de secundaria para asistir a un instituto cristiano. Tuve que quedarme con un tío que era un hombre piadoso y el hogar era un hogar piadoso. Pero mi tío tenía un hábito muy molesto. Cuando volvía a casa del trabajo, su esposa tenía que informarle de todas las faltas de las que éramos culpables durante el día. Y en la oración al comienzo de la comida, empezaba por el mayor y llevaba ante el trono de la gracia los pecados de tal y tal y lo que tal y tal habían hecho. Si estabas cerca del final de la lista, pasabas mucho tiempo retorciéndote en tu asiento. Utilizaba sus oraciones para reprenderos.

Ahora bien, no me malinterpretes. Necesitábamos la reprimenda. Si nos hubiera llevado aparte en el momento adecuado y nos hubiera mostrado por qué lo que hicimos estaba mal y nos hubiera llamado al arrepentimiento, lo habríamos aceptado. Era lo que nos correspondía. Pero esperar tu turno en el momento de la oración en la mesa para recibir sus reprimendas (que eran duras) era una experiencia muy, muy dura. ¡No hagas eso nunca! Puede que haya ocasiones en las que, tal vez, el pecado de un hijo en el hogar sea tan grave y haya afectado tanto a la familia que debas mencionarlo en la oración durante los momentos de devoción familiar. Pero no utilices las oraciones para eludir tu responsabilidad de hablar con tus hijos sobre sus pecados. Haz que tus momentos de devoción sean importantes en la vida de la familia.

Una familia de pacto es una familia en la que la instrucción del pacto es de vital importancia. Si tuviera que ordenar esta lista por importancia, probablemente pondría esto en primer lugar. La Biblia no deja de insistir en ello constantemente. Cuando Dios vino a visitar a Abraham en las llanuras de Mamre y Él y sus compañeros caminaron con Abraham en dirección a Sodoma y Gomorra, por el camino Dios se detuvo y consultó con sus compañeros. Les hizo la siguiente

pregunta: “¿Debo revelar a Abraham el consejo de mi voluntad con respecto a Sodoma y Gomorra y a Lot y, en realidad, con respecto a la iglesia de todas las épocas, ya que está llamada a vivir en un mundo maduro para el juicio? ¿Debo hacerlo?” Y la respuesta que Él mismo dio es esta: “Sí, le diré a Abraham lo que voy a hacer”. ¿Por qué? Porque lo he conocido, “para que mande a sus hijos y a su casa después de sí que guarden el camino del Señor haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Gn. 18:19). Es decir: “Voy a dar a conocer a Abraham los misterios de mi consejo porque él instruirá a sus hijos. Y por medio de esa instrucción, haré venir sobre Abraham lo que es mi propósito hacer”.

En el libro de los Jueces, basta con leer el capítulo dos para descubrir la razón de la historia indescriptiblemente triste del pueblo de Israel en aquellos días. ¿Cuál es esa razón? Surgió una generación que no conocía al Señor, ni las maravillas que Él había realizado por Israel (Jue. 2:10). La enseñanza había caído en descrédito. Los hijos de Israel no conocían las maravillosas obras del Señor. Por eso la triste historia de los jueces forma parte de la historia del Antiguo Testamento. El Salmo 78 recalca que los padres del pacto deben instruir a sus hijos de generación en generación (vv. 1-8). Y el sabio rey de Israel, en el libro de los Proverbios, habla de que hay que educar al niño en el camino que debe seguir, y cuando sea mayor, no se apartará de él (Prov. 22:6).

En cuanto a esa enseñanza del pacto, habría mucho que decir.

En primer lugar, a estas alturas debería quedarles claro que la enseñanza del pacto se basa en el principio de que Dios salva a sus hijos a lo largo de las generaciones y reúne a los miembros de su propia familia en las familias de los creyentes. Lo hace a través de la enseñanza del pacto. Ese es el medio que utiliza. Tan importante es ese medio que el hecho de no criar a nuestros hijos en los caminos del pacto de Dios tiene como consecuencia que seamos separados de nuestras generaciones.

Ahora bien, soy consciente, por supuesto, de que parte de la enseñanza del pacto es el establecimiento de escuelas cristianas. Esa es otra razón por la que el pueblo de Dios, cuando se encuentra disperso por todas partes, debe reunirse para que, en la medida de lo posible, pueda establecer escuelas cristianas donde sus hijos puedan ser instruidos en las verdades de la Palabra de Dios sobre la creación y la historia desde el punto de vista de las Escrituras y la fe reformada. No obstante, el hogar es la institución fundamental de la sociedad, y la escuela nunca puede elevarse, en su carácter moral o en la calidad de su enseñanza, desde un punto de vista espiritual y confesional, por encima del nivel del hogar. El hogar es importante para la enseñanza del pacto.

La instrucción del hogar es única. El poder y la belleza de la enseñanza en el hogar radican en esto, como señala Deuteronomio 6 de manera tan elocuente: que los padres sean tan diligentes en su caminar de pacto en cada aspecto de la vida familiar que, con su propio *ejemplo*, enseñen a los hijos cómo caminar en el mundo como hijos del pacto y cómo, finalmente, establecer sus propios hogares de pacto. El ejemplo no excluye la enseñanza verbal. Por supuesto que no. Pero el ejemplo es el carácter del hogar. En tiempos de gran dolor, de grandes problemas en el hogar, la actitud de los padres ante estas aflicciones y castigos que Dios se complace en enviar determinará cómo aprenderán los hijos a lidiar con ellos cuando crezcan. Cuando los padres prosperan y aparentemente hay pocas nubes en el camino de la vida, su actitud hacia las cosas de este mundo, su acción de gracias en tiempos de prosperidad y su uso correcto de las cosas materiales enseñarán a

los hijos que las cosas materiales no son un fin en sí mismas, sino que deben usarse para el reino de Dios. La vida normal, ordenada por Dios, de una familia del pacto es la herramienta de instrucción más poderosa que existe.

Las hijas aprenderán a cuidar de sus maridos cuando se casen observando a su madre. Incluso aprenderán a cocinar y a coser. Los hijos aprenderán a ser el cabeza de familia porque tienen un padre que asumió esa posición como cabeza de familia. Hasta el día de hoy, cuando me enfrento a una pregunta difícil sobre qué hacer en la familia, a menudo me pregunto: “¿Qué habría hecho mi padre?”. Ese es el tipo de impacto que los padres del pacto tienen en sus hijos. Cuando una madre se dedica a la difícil (casi diría que aburrida y poco valorada) tarea de criar a sus hijos —ponerles tiritas en las rodillas peladas, consolarlos cuando llegan a casa llorando del colegio porque se han burlado de ellos, mostrarles que lo que cuenta es el favor de Dios, alimentarlos, amarlos—, de todas estas maneras deja una huella duradera e indeleble en sus hijas y en sus hijos.

Es algo llamativo (fue así en nuestra familia y, supongo, lo es en todas las familias) que, cuando los hijos están en casa, los hijos varones se acercan más a sus madres y las hijas, a sus padres. Las hijas siempre acudían a mí cuando querían consejo sobre algo. Mis hijos siempre acudían a mi esposa. Y luego se casaron y la situación se invirtió. Ahora mis hijas siempre acuden a ella y mis hijos acuden a mí. Es algo peculiar. No tengo explicación para ello. Pero forma parte de la enseñanza del pacto. Y es parte de la influencia duradera que los padres ejercen sobre sus hijos y parte de esa verdad de que Dios perpetúa Su pacto a lo largo de las generaciones mediante el poder de la enseñanza del pacto.

Parte de esa instrucción del pacto consiste en que enseñemos a nuestros hijos los caminos del *pacto* de Dios. Les decimos: “Debes caminar como un hijo del pacto. Debes aprender a hacerlo ahora. Debes aprender a hacerlo a medida que crezcas, a medida que ocupes tu lugar en la iglesia, cuando establezcas tu propio hogar. Debes caminar como un hijo del pacto”. Cuando un niño se niega a caminar en los caminos del pacto de Dios, ese niño debe ser reprendido, amonestado y castigado, tal como Dios hace con nosotros cuando pecamos. Se les debe decir: “Si no caminas en los caminos del pacto de Dios y te niegas a apartarte de tus malos caminos, demuestras con eso que no eres en absoluto un verdadero hijo del pacto”. Los padres del pacto saben que no todos sus hijos tienen la promesa de Dios de que Él los salvará. Las líneas que separan a los elegidos de los réprobos atraviesan los hogares del pacto, tal y como ocurrió en Israel y en la familia de Isaac y Rebeca. Los padres tienen una obligación al respecto. ¿“Amor severo”? No estoy seguro de lo que eso significa. Pero la obligación de los padres del pacto es advertir a sus hijos del pecado y de sus consecuencias.

Otra lacra que azota a la iglesia y a los hogares del pacto son los padres permisivos. Las consecuencias se ven claramente en las escuelas. El profesor envía una nota a casa: “Johnny hizo esto en la escuela”. Y el padre se apresura a tomar el teléfono y marca el número del profesor: “Mi Johnny nunca, jamás, haría algo así. Algo anda mal. Quizás lo empujaron a ello unos compañeros de clase desagradables”, o lo que sea. Así que los padres protegen a Johnny y él se ríe para sus adentros: “Puedo hacer lo que me plazca y siempre puedo esconderme detrás de las faldas de mamá”. Los padres permisivos son una maldición para los hogares del pacto y, en última instancia, los destruyen.

Hay dos cosas en el hogar que son una maldición para nuestra generación moderna. Una es el televisor. No sé si, como adulto, puedes manejar un televisor, pero es una maldición en un hogar con niños. Mi esposa y yo les dijimos a los niños cuando empezaron a darse cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor: “En esta casa no hay televisión. Pueden tener todos los libros que quieran. Pueden ir a la biblioteca cada semana si es necesario para conseguir sus libros, pero nada de televisión. Y tampoco ver la televisión en casa del vecino. No vamos a permitir que veáis esas cosas”. Ahora bien, no estoy diciendo que el televisor sea malo en sí mismo. Pero es un poder increíble para el mal en el hogar. Y no me refiero ahora a la pornografía en la televisión, a las comedias que destruyen todo lo sagrado de forma humorística, que ensalzan al marido dominado por su mujer y al hijo desobediente, y que se burlan del adulterio y la fornicación. No me refiero a eso. Me refiero a todos los aspectos de la televisión.

Malcolm Muggeridge escribió un libro hace bastantes años: *La cuarta tentación*. Era un libro que recogía los discursos que pronunció ante cadenas de televisión religiosas. Entre las muchas cosas que dijo en esos discursos estaba esta: “La televisión, por su propia naturaleza, es incapaz de mostrar la realidad a nadie”. No se puede aprender la verdad sobre nada a través de la televisión. Es imposible.

Pero ni siquiera eso es lo peor. Se puede escuchar la BBC o ITV, supongo, y enterarse de algunas noticias, y puede que acierten con el tiempo, aunque, según me han dicho, llevan dos semanas pronosticando lluvia y rachas de viento todos los días y hemos tenido un tiempo maravilloso (con algún chaparrón ocasional), así que ni siquiera estoy seguro de eso. Pero estoy hablando de los anuncios. Sé que aquí no hay tantos. Pero en Estados Unidos los anuncios constituyen aproximadamente la mitad de cada programa. El sexo es lo único que se utiliza para vender coches y casi todo lo demás. Si una mujer, vestida como las mujeres de esos anuncios y hablando el lenguaje que se habla en la televisión, llamara a la puerta de mi casa y dijera: “Me gustaría entrar y hablar con tus hijos”, le diría: “Lárgate de aquí, perra. No te voy a dejar entrar en esta casa”. Pero la dejamos entrar a través del televisor y a nadie le llama la atención. Ahí está, vomitando su inmundicia y actuando de la manera más escandalosa e inmoral, vestida de la forma más inmodesta. Pero, como se trata de un anuncio, parece que no nos importa. Ahí está, en casa, con todo eso.

El segundo instrumento de destrucción en el hogar es el ordenador. Y, una vez más, no estoy en contra de los ordenadores. Yo mismo uso uno todo el tiempo. Ni siquiera estoy tan en contra de Internet, aunque prefiero usarlo solo para el correo electrónico. Pero conozco matrimonios que se han roto por culpa de la pornografía en Internet. Estos pornógrafos son increíblemente descarados. Hubo un tiempo, hasta que instalé un filtro en mi ordenador que bloquea el “spam”, en el que los correos electrónicos que recibía eran tan repugnantes que resultaba casi imposible creer que esas cosas existieran en el mundo.

Ahora da la casualidad de que mis hijos y mis nietos saben mucho más de ordenadores que yo. Cuando algo falla en mi ordenador y no consigo que mi hijo venga a ayudarme en ese momento, suelo poder pedir ayuda a mi nieto de ocho o nueve años porque él sabe más del tema que yo. Es precisamente ese conocimiento de los ordenadores con el que están creciendo nuestros hijos lo que convierte a esos aparatos en instrumentos del mal si no se les enseña el terrible y aterrador mal que supone ese pozo de inmundicia que se cuele en los hogares.

Les sugiero que sean conscientes de esto y se protejan contra ello, y que, con su propio ejemplo, si tienen hijos en casa y un televisor, ¡tengan cuidado! Sería mejor tirar ese aparato a la basura que llenar las almas de sus hijos con la podredumbre moral que se encuentra en este invento moderno.

Pero debo terminar. Esto, pues, para concluir.

El hogar está compuesto por un padre del pacto, una madre del pacto y unos hijos del pacto. Todos son pecadores. En el corazón mismo del hogar debe estar plantada la cruz de Jesucristo. Ese es el único lugar al que todos deben acudir. Los hijos deben ser enseñados por el ejemplo de sus padres al pie de la cruz. Ese es el único lugar al que todos deben acudir. Hay que enseñar a los hijos, con el ejemplo de sus padres, al pie de la cruz. Hay que enseñarles que el arrepentimiento significa buscar el perdón en la cruz, y que solo en la cruz de Jesucristo se encuentra el poder para llevar una vida piadosa y santa. No hay ningún otro lugar donde obtenerlo. La cruz es el lugar. Y así, la familia debe reunirse con frecuencia al pie de la cruz, suplicando al Señor de toda misericordia que tenga compasión de ellos en su lucha, su difícil lucha, en un hogar cristiano; que sea misericordioso y perdone los pecados; y que haga Su obra, aunque le complazca usarnos como instrumentos débiles y frágiles, y nos conceda la gracia para que nuestros hogares sean luces resplandecientes en la oscuridad y el mal de nuestro tiempo actual.